

Jules Verne

# La isla misteriosa

Traducción  
de Miguel Salabert

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *L'île mystérieuse*

Ilustración y cubierta: Alicia Caboblanco / [www.aliciacaboblanco.com](http://www.aliciacaboblanco.com)

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© de la traducción: Herederos de Miguel Salabert  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1989, 2025  
Calle Valentín Beato, 21  
28037 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 979-13-7009-015-9  
Depósito legal: M. 6.115-2025  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

## Prólogo

Pocas obras han tenido tan prolífica descendencia literaria como *The Life and strange surprizing adventures of Robinson Crusoe, of York, mariner: Who lived Eight and Twenty years, all alone in an un-inhabited Island on the coast of America, near the mouth of the Great River of Oroonoque* (Londres, 1719).

El Robinson de Defoe, inspirado en el relato de la peripecia real del marinero Selkirk, naufragado en la isla de Juan Fernández, ha generado una multitud de Robinsones. Pero el fundador, Crusoe, el hombre que no quiso ser hijo de nadie, el hombre que decidió engendrarse a sí mismo, al precio de la soledad y del parricidio moral o simbólico que constituye su fuga del hogar («yo seguía sintiendo una repugnancia invencible por el hogar paterno», «yo he asesinado a mi padre»), ha devorado, como Cronos, a toda su estirpe. Con la sola excepción, acaso, de *La isla misteriosa*, de Jules Verne, modernización y a la vez recusación del padre fundador y del mito del robinsonismo como modelos anacrónicos. Puede verse, en efecto, en *La isla misteriosa*, una novela sobre la novela matriz y, en cierto modo, una tentativa de parricidio literario.

En el Robinson de Defoe ha podido verse una representación ideológica del mito de los orígenes, el propósito de hacer aparecer al individuo como punto de partida de la Historia, para así conferir un estatuto de legiti-

midad a la burguesía ascendente de la época, que, enredada a la sazón en la contradicción entre su poderío económico y su exclusión del poder político, se quejaba y se ufanaba alternativamente de su aislamiento. La empresa de Robinson, el hombre abandonado a sus propios recursos pero con el capital social constituido por los instrumentos de que dispone –y que por sí solos refutan la representación absoluta del mito de los orígenes–, es la de una lenta y denodada acumulación de capital, forjada en el permanente diálogo del trabajo con la naturaleza. Esa creación de riqueza legítima para Robinson la constitución de un reino y la conquista del poder, que parece ser su verdadera finalidad. «Yo he sido en mi reino un príncipe más grande y poderoso que el zar de Moscovia... Tenía a mi disposición la vida y la fortuna de mis súbditos... Todos habrían dado por mí –continúa ufanándose Robinson– hasta la última gota de su sangre, y jamás un tirano, pues por tal yo me reconocía, ha sido tan universalmente querido y, sin embargo, tan horriblemente temido por sus súbditos.»

Robinson Crusoe expresa así, transparentemente, las aspiraciones políticas de la burguesía de su época, al tiempo que trata de legitimar *in vitro* su poder económico mediante una ficticia demostración de sus orígenes.

En los *Grundrisse*, Marx recusaba así esta tentativa de legitimación: «La producción por un individuo aislado, fuera de la sociedad –hecho que bien puede ocurrir cuando un civilizado, que potencialmente posee ya en sí las fuerzas de la sociedad, se extravía accidentalmente en una comarca salvaje– no es menos absurda que la idea de un desarrollo del lenguaje sin individuos que vivan juntos y hablen entre sí».

Entre *Robinson Crusoe* y *La isla misteriosa* ha transcurrido siglo y medio. En el último tercio del siglo XIX, la

burguesía no cree ya necesitar la legitimación de sus orígenes y le basta con recurrir al velo de la «civilización» para justificar sus empresas y sus desmanes colonialistas. Los Robinsones de Verne se conciben y se proponen como agentes de una empresa de colonización:

... haremos de esta isla una pequeña América. Construiremos ciudades, ferrocarriles, telégrafos, y un buen día, cuando ya esté bien equipada y bien civilizada, se la ofreceremos al gobierno de la Unión. Sólo pido una cosa.

—¿Qué? —preguntó el periodista.

—Que no nos consideremos como náufragos, sino como colonos venidos para establecerse aquí y colonizar.

Pero si la obra de Defoe se agotara en su propósito político, su capacidad genética literaria se habría cegado rápidamente. Su fuerza genética está en otra parte. Erigido en arquetipo, Robinson ha hecho de la isla el espacio y la figura literarios de la aventura y ha convertido el diálogo con la naturaleza en fuente de imágenes, de la que han bebido copiosamente los Stevenson, los Dickens, los Melville, los Verne y tantos otros escritores del siglo XIX. El robinsonismo sigue y seguirá generando imágenes, en la medida en que constituye para cada época, presente o futura, un «test» de la coetaneidad del individuo con la sociedad. Un «test» que podría esquematizarse así: reducido cada uno de nosotros, presentes o futuros, a la situación de Robinson, ya sea tras un apocalipsis nuclear o en una isla galáctica, en el tuteo con la naturaleza, o con lo que de ella quedara, ¿qué testimonio práctico y qué legado podríamos dar del saber social

acumulado, del que, meros beneficiarios y usuarios, la mayoría de nosotros nos creíamos coetáneos? De una hipótesis semejante, así instigada por el robinsonismo, surgirá esa novela corta de Verne, que, bajo el título de *El eterno Adán*, es la antítesis perfecta de *La isla misteriosa*, y la ilustración más transparente de la concepción cíclica del tiempo, propia de Verne, bajo la figura mítica del eterno retorno<sup>1</sup>.

Uno de los elementos del *Robinson Crusoe* que más han contribuido a su amplia descendencia literaria es su función pedagógica. Para Rousseau, *Robinson Crusoe* era el libro de más alto valor didáctico, el mejor «tratado de educación natural», el primer libro que pondría en manos de su *Émile*, «un objeto interesante para toda edad»; susceptible de hacerlo agradable a los niños «por mil medios diferentes».

Todos los sucesores de Robinson, en sus mil variaciones sobre el tema, han desarrollado estas líneas de Rousseau en el *Émile*. Verne lo ha hecho más y mejor que nadie.

Jules Verne se nutrió copiosamente en su infancia, toda ella volcada hacia el mar por vocación y por directa e inmediata instigación de su medio físico, de la literatura robinsoniana. En unos «Recuerdos de infancia y juventud» publicados por *Les cahiers de L'Herne*, en su número monográfico sobre Verne (pág. 61), tras relatar el modelo reducido de naufragio que padeció-gozó de niño, en un islote del Loira, que le hizo vivir por unas horas la situación de Robinson, dice: «... de todos los libros de mi infancia, el que yo estimaba particularmente más era el *Robinson suizo*, más aún que el *Robinson Crusoe*.

---

1. Véase mi libro, *Julio Verne, ese desconocido* (capítulo XXIV, pp. 332-333), publicado en Alianza Editorial (1985).

Sé muy bien que la obra de Daniel de Foe tiene más alcance filosófico. Es el hombre reducido a sí mismo, el hombre solitario, el hombre que encuentra un día la huella de un pie desnudo en la arena. Pero la obra de Wyss, tan rica en hechos e incidentes, es más amena para los niños. Es la familia, el padre, la madre, los niños y sus diversas aptitudes. ¡Cuántos años he pasado yo en su isla! ¡Con qué ardor me unía a sus descubrimientos! ¡Cómo envidiaba su suerte! Por eso, no sorprenderá que me haya visto irresistiblemente empujado a poner en escena, en *La isla misteriosa*, a los Robinsones de la ciencia, y en *Dos años de vacaciones* todo un pensionado de Robinsones.»

El robinsonismo es un tema obsesivo en Verne. De ahí las múltiples variaciones con que lo desarrolla en sus *Viajes extraordinarios*, ya sea en forma grave o paródica, ya como mero instrumento ficticio de carácter pedagógico-experimental, en obras como *La isla misteriosa*, *Dos años de vacaciones*, *La Escuela de los Robinsones*, *Los naufragos del Jonathan*, *El eterno Adán* y *Segunda Patria*. El hecho de que escribiera esta última obra, continuación del *Robinson suizo*, de Wyss, ya en su vejez, demuestra la persistencia de tal obsesión.

En 1865, Verne escribía a su editor, Jules Hetzel: «Sueño con un Robinson magnífico. Es absolutamente necesario que haga uno, es una tentación más fuerte que yo».

Tal proyecto estaba ya anunciado en *Los hijos del capitán Grant*, obra aparecida ese mismo año:

—¿Hay, pues, Robinsones en todas partes? —preguntó lady Helena.

—Naturalmente, Madame —respondió Paganel—. Conozco pocas islas sin una aventura de este tipo, y

ya el azar se anticipó a la novela de su inmortal compatriota Daniel Defoe.

—... no me disgustaría la aventura —prosigue diciendo Paganel—. Me haría una vida nueva. Cazaría, pescaría, elegiría domicilio en una gruta, en invierno, en un árbol, en verano. Tendría mis silos para mis cosechas. En fin, *colonizaría* mi isla.

—¿Usted solo?

—Yo solo, si fuese necesario. Pero ¿es que se puede estar solo en el mundo? ¿Acaso no se puede escoger amigos en la raza animal, domesticar un cabrito, un loro elocuente, un mono amable? Y si el azar le envía a uno un compañero, como el fiel Viernes, ¿qué más se puede pedir para ser feliz? Dos amigos en una roca, he ahí la felicidad.

Lady Helena reprocha a Paganel no ver sino el lado bueno de las cosas, y niega que la soledad sea compatible con la felicidad:

—El hombre está hecho para la sociedad, no para el aislamiento. La soledad sólo puede engendrar la desesperación. Es sólo cuestión de tiempo. Que, al principio, los problemas de la vida material, las necesidades de la existencia, distraigan al desdichado recién salvado de las olas, que las exigencias del presente le oculten las amenazas del futuro, es posible. Pero luego, cuando se sienta solo, lejos de sus semejantes, sin esperanza de volver a ver su país y a sus seres queridos, ¿qué pensará y cuánto no sufrirá? Su islote es el mundo entero. Toda la humanidad se resume en él, y a la llegada de la muerte, una muerte espantosa en su abandono, estará allí como el último hombre en el último día del mundo. Créame, señor Paganel, más vale no ser ese hombre.

Estas palabras de lady Helena –con las que Verne refuta la figura del padre y predecesor, Robinson Crusoe, como encarnación del mito de los orígenes– escriben anticipadamente el destino de Ayrton, el hombre que, abandonado en la isla del capitán Grant o isla de Tabor, sucumbe a la soledad, pierde el lenguaje y la noción y el control del tiempo, y retorna a la animalidad. Porque, como escribió Marx en sus *Grundrisse*, «el hombre es... no solamente un animal social, sino también un animal que sólo puede individualizarse en la sociedad».

Pese a su confesado sueño de escribir «un Robinson magnífico», en 1871 Verne envía a su editor una novela deleznable escrita diez años antes, es decir, anterior a la aparición del primero de sus *Viajes extraordinarios*, bajo el título de *El tío Robinson*, en la estela del *Robinson suizo* de Wyss. Un ingeniero, Harry Clifton, desaparece, con su perro Fido, tras un motín en el barco en que viajaba. Su mujer y sus cuatro hijos, acompañados por el marinero Flip, van a parar a una isla desierta en el Pacífico Norte. La milagrosa reaparición del ingeniero y de su perro permite al grupo reconquistar el fuego, la pólvora, etc. Aparecen ya en esta novela el volcán, la captura y domesticación del orangután Jup, el incidente del perdigón con el que se rompe una muela el marinero Flip, etc.

En esta deleznable robinsonada, y, sobre todo, en la airada reacción con que el editor devolvió el manuscrito a Verne, están los orígenes de *La isla misteriosa*. A la bronca que le echó Hetzel («ni una invención que no hubiese hallado el último cretino»), Verne respondió modestamente: «Estoy estudiando química... Pues *La isla misteriosa* será una novela química...».

Es también, como la de Defoe, una novela sobre el trabajo, raro protagonista en la narrativa del siglo XIX. Es, sobre todo, una novela arqueológica, que reconsti-

tuye el curso de la tecnología de la producción a través de las edades, desde el neolítico hasta la revolución industrial.

*La isla misteriosa* es una alegoría de la tierra y de la historia humana, de la conquista por el hombre de la naturaleza. Su carácter simbólico explica la riqueza inverosímil de la isla en fauna, flora y minerales. La isla de Lincoln es una isla utópica, y no sólo porque esté exiliada de los mapas. La isla es una enciclopedia, el marco de una lección de cosas. Por eso coexisten en ella las especies arbóreas y animales más remotas entre sí, como jaguares, onagros, canguros y orangutanes. Por eso, todo en la isla, hasta los nombres con que sus moradores bautizan sus accidentes físicos, está bajo el signo del pasado. De ahí su plenitud.

Verne toma al pie de la letra el dicho de que la naturaleza tiene horror al vacío, y la rellena incesantemente, sin apenas dejarle otros poros abiertos que los cráteres de los volcanes. No es extraño que éstos estallen con tanta frecuencia en sus obras. De maníaco de la plenitud le ha calificado muy acertadamente Roland Barthes. Pero esto no proviene únicamente de la tendencia burguesa a la apropiación del mundo físico, como dice Barthes, sino también del afán enciclopédico del autor, para quien el saber constituye otra modalidad de apropiación del mundo.

A diferencia de Robinson Crusoe, los náufragos de la isla de Lincoln carecen de todo utensilio y se ven obligados a crearlo todo, rudimentariamente, a partir de sus manos. Pero disponen de un capital social acumulado mucho más rico que el que representan los bienes y utensilios iniciales de Robinson: el de los conocimientos científicos y tecnológicos de Cyrus Smith: «Un microcosmos, un compuesto de toda la ciencia y de toda la inteli-

gencia humanas». La mirada de Cyrus Smith no está desnuda como la de Robinson. Cyrus Smith es, por sí solo, una verdadera enciclopedia, el hombre realista que sigue el principio de Francis Bacon de «que sólo domina la naturaleza quien la obedece». Cyrus Smith es la encarnación del espíritu positivo de su época, definido por Auguste Comte como directamente social y enfrentado al estéril individualismo y a «la desastrosa especialización... ciega y dispersiva, del espíritu científico».

La crítica implícita en *La isla misteriosa* y al modelo original está, sobre todo, en la confrontación del individualismo con el grupo social. La salvación y el progreso sólo son posibles en sociedad, como lo demuestra la experiencia paralela de Ayrton, ese doble, inferior, de Nemo, que sucumbe a la soledad. Sólo las cualidades superiores de Nemo le permiten resistir a la soledad, si bien se ve forzado a confesar: «Muero de haber creído que se podía vivir solo». Cyrus Smith condena a la figura del padre, en su duplicación Robinson-Nemo, cuando dice: «Capitán, su error ha sido el de creer que se podía resucitar el pasado, y ha luchado contra el progreso necesario». Así entierra el héroe positivo y moderno al héroe romántico, byroniano, a la vez que justifica como un progreso necesario, es decir, inevitable, al colonialismo británico, tan duramente denunciado y condenado en *Los hijos del capitán Grant*.

La aplicación de los conocimientos de Cyrus Smith y el denodado trabajo de los náufragos en su permanente tuteo y cooperación con una opulenta naturaleza –una verdadera despensa– les permiten conseguir la abundancia de bienes y el confort, ya casi burgués –que alcanza su culminación con la primera pipa junto al fuego–, y sentar las bases de la colonización de la isla, para ofrecérsela un día a los Estados Unidos de América.

Pero una lenta y progresiva metamorfosis va minando tal empresa, y el relato de la aventura irá tornándose en aventura del relato. Este tránsito se opera cuando la acción y el sentido de la aventura se quiebran con la profunda inversión o mutación que en ella introducen las huellas visibles de una presencia invisible en la isla. Esas huellas no se expresan como las de Viernes en una pisada desnuda, sino a través de signos reveladores de poderes demiúrgicos. Esa presencia invisible y tutelar origina la *quête*, la búsqueda, en una oscilación entre lo racional y lo teológico, de un ser de apariencia sobrenatural, pero también transforma lo que hasta entonces era una empresa de colonización en el marco y lugar de un experimento preparado, facticio y ficticio, de un trucaje teatral, de una prueba y hasta de un escenario iniciático.

El marinero Pencroff así lo intuye al preguntarse si no habrá islas creadas especialmente para los náufragos, como lugares de experimentación. Estas palabras, que anuncian las variaciones menores de la *Escuela de los Robinsones* y de *Dos años de vacaciones*, ofrecen, por un momento, un atisbo de la novela-nivola unamuniana.

La activa presencia en la isla de un ser misterioso, manifestada por una serie de milagros o de misterios, como los perciben respectivamente Pencroff y Cyrus Smith, asegura la supervivencia de los colonos, pero también contribuye a irritarles, por despojarles de la autonomía de su proyecto, de su soberanía sobre la isla, por tornar facticia su empresa de colonización y convertirlos así de sujetos en objetos de la aventura. Se dice muy claramente:

Esta protección invisible que reducía a la nada su propia acción irritaba y conmovía a la vez al ingeniero.

Y también:

Pencroff estaba preocupado. Le parecía que esa isla, que él consideraba como de su propiedad personal, ya no le pertenecía enteramente, que la compartía con otro dueño al que se sentía sometido.

De hecho, la inanidad de la empresa de colonización estaba ya anunciada en la rápida anotación del comienzo de que les faltaba la principal materia prima de que disponía Robinson Crusoe: el tiempo. Estaba también anunciada en la imposibilidad de reproducción de la colonia por la ausencia de la mujer. Señalemos, al paso, el disparate del film inglés de Cy Endfield sobre *La isla misteriosa* de agregar dos mujeres al grupo de los náufragos. Demostración, una vez más, en la vieja y polémica confrontación entre el cine y la literatura, de que el matrimonio entre ambos lenguajes suele dar un hijo único: el divorcio.

La ausencia de la mujer en *La isla misteriosa* es uno de los signos reveladores de que la empresa de colonización no es sino una prueba de carácter iniciático<sup>1</sup>. Una prueba de preparación para el traslado de la experiencia a otro tiempo y otro espacio. Pero esto no se efectuará sin que antes los colonos de la isla de Lincoln retornen a la condición de náufragos, a la situación de despojamiento y desnudez iniciales, en una roca desamparada en la que confluyen la circularidad de la aventura y la de los dos mundos descritos en *Los hijos del capitán Grant* y en *Veinte*

---

1. No entro aquí en el análisis de las secuencias rituales iniciáticas que aparecen en esta obra, por ser muy similares a los esquemas descritos en mi citado libro o en mis prólogos a *Viaje al centro de la Tierra*, *Los quinientos millones de la Begún* y *Veinte mil leguas de viaje submarino*, editadas, con la *Vuelta al mundo en ochenta días*, en Alianza Editorial.

*mil leguas de viaje submarino*. Epílogo de la gran trilogía, esa pequeña roca desnuda, que emerge del Pacífico como una frágil boya, es también el prólogo de *El eterno Adán*, la parábola del eterno retorno con la que Verne enunció, más explícitamente que en ninguna otra de sus obras, su concepción circular del tiempo.

«El tiempo para los hombres –dice Jean Cocteau en *La machine infernale*– es una eternidad plegada.»

La circularidad del tiempo es también evidente en *La isla misteriosa*, escrita sobre las huellas de otra novela. En *Julio Verne, ese desconocido*, he señalado reiteradamente cómo todos sus héroes viajan siempre en pos de las huellas de predecesores, por lo firmemente anclada que en él está la convicción de que el futuro está inscrito en el pasado, de que todo viaje o movimiento hacia el porvenir es un retorno, de que toda anticipación es un pasado sobrepasado, un futuro anterior.

Miguel Salabert

## La isla misteriosa



Primera parte  
Los náufragos del aire



## Capítulo 1

El huracán de 1865. – Gritos en el aire. – Un globo arrastrado por una tromba. – Se rasga la envoltura. – Sólo el mar a la vista. – Cinco pasajeros. – Lo que ocurre en la barquilla. – Una costa en el horizonte. – El desenlace del drama.

–¿Estamos ascendiendo?

–No, al contrario, estamos bajando.

–¡Por Dios, arrojad lastre!

–¡Ahí va el último saco!

–¿Se eleva el globo?

–No.

–Oigo un ruido como el del oleaje.

–Tenemos el mar bajo la barquilla.

–Debe de estar a unos ciento cincuenta metros de nosotros.

Entonces una poderosa voz rasgó el aire y se oyeron estas palabras;

–¡Afuera todo lo que pese!... ¡Todo! ¡Y que sea lo que Dios quiera!

Ésas fueron las palabras que resonaron en el aire, por encima del vasto desierto de agua del Pacífico, hacia las cuatro de la tarde del 23 de marzo de 1865.

Nadie habrá olvidado, sin duda, el terrible vendaval que se desencadenó en medio del equinoccio de ese año y que hizo descender el barómetro a setecientos diez milímetros. El huracán duró, sin intermitencia, desde el 18 al 26 de marzo. Inmensos fueron los estragos que produjo en América, en Europa y en Asia, en una zona de

unas mil ochocientas millas de anchura en dirección oblicua al ecuador, entre el paralelo 40 norte y el paralelo 35 sur. Ciudades arrasadas, bosques arrancados de cuajo, costas devastadas por montañas de agua que se precipitaban como tremendos macareos; buques arrojados a la costa, que los registros de la Oficina Veritas<sup>1</sup> cifraron en varios centenares; territorios enteros nivelados por trombas que lo destruían todo a su paso; varios millares de personas aplastadas en tierra o tragadas por el mar... Tales fueron los testimonios de furor que dejó tras de sí tan formidable huracán. Sus desastrosas consecuencias fueron muy superiores a las de los huracanes que tan espantosamente devastaron La Habana, el 25 de octubre de 1810, y la Guadalupe, el 26 de julio de 1825.

Mientras se producían tales catástrofes en la superficie terrestre y en el mar, se desarrollaba en los aires trastornados un drama no menos sobrecogedor.

En efecto, un globo, llevado como una bola en la cima de una tromba y preso en el movimiento giratorio de la columna de aire, recorría el espacio a una velocidad de ciento sesenta y seis kilómetros, dando vueltas en torno a sí mismo, como si hubiese sido succionado por una especie de *maelstrom* aéreo.

Por debajo del apéndice inferior del globo oscilaba una barquilla que contenía a cinco pasajeros, apenas visibles en medio de los espesos vapores que, mezclados con el agua pulverizada, corrían hasta la superficie del océano.

¿De dónde venía aquel aeróstato, verdadero juguete de la espantosa tempestad? ¿De qué lugar del mundo

---

1. Sociedad creada en 1829 para la clasificación de buques y su inspección técnica, a fin de evitar abusos en los seguros marítimos de embarcaciones y fletes. (*N. del T.*)

habría partido? Era evidente que no había podido elevarse durante el huracán. Ahora bien, la duración de éste se remontaba ya a cinco días y sus primeros síntomas se habían manifestado el 18. Cabía, pues, suponer que el globo venía de muy lejos, ya que había debido de recorrer no menos de dos mil millas por día.

En todo caso, los pasajeros no disponían de ningún medio para estimar la distancia recorrida, ya que carecían de todo punto de referencia. Se producía incluso el hecho curioso de que no sintieran la violencia de la tempestad que les impulsaba. Se desplazaban girando sobre sí mismos, sin sentir esas rotaciones ni tampoco el movimiento en sentido horizontal. Sus ojos no podían penetrar la espesa bruma que se amontonaba bajo la barquilla. Estaban envueltos en la bruma por todas partes, y tan grande era la opacidad de las nubes, que habrían sido incapaces de decir si era de día o de noche. Ningún reflejo luminoso, ningún ruido de las tierras habitadas, ningún rumor del océano les había llegado durante su permanencia en las altas capas del aire. Sólo su rápido descenso les había dado a conocer el peligro que corrían por encima de las olas.

Mientras tanto, el globo, deslastrado de objetos pesados, tales como las municiones, las armas y las provisiones, había ascendido a más altas capas de la atmósfera, hasta una altitud de mil trescientos cincuenta metros. Al darse cuenta de que tenían el mar bajo la barquilla, y estimando que era más temible el peligro abajo que arriba, los pasajeros no habían vacilado en arrojar por la borda aun los objetos más útiles, en una tentativa de no perder más gas, esa alma de su aparato que les mantenía por encima del abismo.

Transcurrió la noche entre zozobras que habrían sido mortales para caracteres menos enérgicos. Luego reapa-